



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1188

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 30 DE SEPTIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimir 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



L' UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sede en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Cabales 15.

INAUGURACIÓN

DEL

SANATORIO OLIVA-CUESTA

Como estaba anunciado en las invitaciones, ayer fué inaugurado el grandioso sanatorio que los señores Oliva y Cuesta han construido en el barrio extramuros de los Molinos.

A dicha hora comenzaron á llegar los invitados, que eran numerosos, siendo recibidos por los señores propietarios, que con la amabilidad que les distingue hicieron los honores de la casa.

Para el acto de la bendición habia sido invitado el señor Obispo de la diócesis; pero por imposibilidad de asistir, delegó aquél en el arcipreste de esta ciudad, que á su vez y, por ausencia, delegó sus facultades en el presbítero don Trinidad Marturana.

El altar habia sido instalado al pié de la escalera, del cual y prívio el ceremonial de rubrica, partió la comitiva para bendecir el edificio, primero exterior y después interiormente, habitación por habitación.

Perdidos entre los numerosos invitados, hicimos la piadosa peregrinación; y mientras el cuerpo se dejaba arrastrar por la corriente y los ojos contemplaban llenos de admiración la hermosa creación realizada por los señores Oliva y Cuesta, la imaginación se entretenía en aquilatar los sacrificios he-

chos para llegar á aquel instante, en que los distinguidos obreros de la ciencia de curar hacían un alto en su marcha para recrearse un momento en la contemplación de su obra, disponiéndose á emprender con nuevos alientos el camino que les llevará á la victoria en la lucha con los dolores humanos.

Por que esos arrostos de los espíritus valientes que echan al surco una fortuna, poniendo sobre la duda general que les asedia la esperanza de que fructificará la semilla, son acreedores al premio que Dios otorga á la fé.

La fé Sin ella entramos un día en lo que consideramos la antecámara del Sanatorio, el Consultorio médico, donde se exhibían aparatos que más que de curación parecen, por lo curiosos y bonitos, destinados á entretener las veladas, y á cambio de unas impresiones de lluvia recibidas en la cabeza, sacamos el cuerpo rejuvenecido y el alma regocijada. Desde entonces, aquellas máquinas tan bonitas y curiosas, que nos parecían antes á propósito para distraer ocios de la gente rica, nos inspiran el respeto que se siente ante el altar y el local en que se encuentran instaladas nos infunde sentimiento parecido al que nos asalta cuando entramos en el templo en donde se adora á Dios. Como Santo Tomás, vimos, tocamos y creímos, invadiéndonos la fé, que se ha extendido á tener en el sanatorio, la que tienen los distinguidos profesores que lo concibieron y crearon.

Evocando este recuerdo que ha

abierto en nuestro corazón una fuente de gratitud y haciendo pasar por nuestra mente la historia de la construcción del sanatorio, seguimos al sacerdote que iba bendiciendo aparatos y locales; y al caer sobre las paredes el agua que santificaba la obra humana, poniéndola bajo la égida del soberano de los mundos, también poníamos de nuestra parte en cada cosa el deseo vehemente de que jamás se convierta en cámara mortuoria lo que ha sido creado para restaurar la salud.

La ceremonia terminó, y en medio de la complacencia general fueron enseñando los señores Oliva y Cuesta á los invitados lo que hasta entonces habia sido visto á la ligera. Las salas de operaciones con sus soberbias mesas; la de antisépsis con sus aparatos esterilizantes; las salas de enfermos de distintas clases con su lujoso mobiliario; el ropero abundantemente surtido; la estufa de desinfección; las vitrinas cargadas de numeroso y moderno instrumental quirúrgico; el amplio comedor y las espaciosas cocinas, todo fué enseñado con suma complacencia, y todo explicado con detenimiento, con el regocijo que deben sentir quienes como los señores Oliva y Cuesta pueden exclamar satisfechos: «vimos, vimos y tenemos esperanza de vencer»

Y vencerán sin duda; porque el sanatorio ayer inaugurado viene á favorecer la clase media, esa clase que no dispone de grandes recursos y que ante la imposibilidad de demandar á los especialistas de las grandes capitales la practica de operaciones que supone el gasto de miles de pesetas, en el cual gasto la operacion es lo de menos y el viaje lo de mas, tiene que hacer el triste sacrificio de su vida.

Esa clase está de enhorabuena, pues cuenta desde ayer con una fortaleza, que la defiende de la muerte.

La visita terminó en el jardín,

donde estaba servido un espléndido lunch, haciendo los concurrentes los honores al siguiente

MINÚ

Sandwichs au Galantine.
Petits-pains au Foie gras.
Bouchees de Dames.
Canapettes au Gelée.
Pain de Langue.
Glace Water.
Café et Liqueurs assorties.
Vins.
Bordeaux-Jerez.
Pedro-Jiménez.
Champagne.

Al verterse sobre las copas el espumoso vino, comenzaron los brindis, todos entusiastas y alusivos al acto, haciendo uso de la palabra los Sres. D. Leopoldo Cándido, vicepresidente de la Comisión Provincial; médico señor Lozano; señor Cañete, juez municipal é interino de instrucción; señor Lizana; señor López Rodríguez y médico de la Armada señor Cendreras, haciendo el resumen el director del Sanatorio, D. Juan Julián Oliva, dando las gracias á todos.

La música que dirige el señor Aliaga amenizó el acto, ejecutando las mejores piezas de su repertorio.

Asistieron al acto de la inauguración que nos ocupa, los señores siguientes:

Sres. Cándido, Pescador, Manganaras, Lizana, Zapata, Avilés, Robles, La Rosa, general Gobart, Angosto, Romero (J), Lozano, Laplaza, Pastor, Sánchez Arias (D F), García, (D A) Antón, Conesa Balanza, Martínez Soler (D S), Romera, Oliver (F), Sánchez Doménech, Estrán, Palacios (A), Bosch (P), Bas, Ferrer, Martí, Moret, Cendreras, Alcalde de La Unión, Pérez Egea, Doggio, Payá, Cañete y otros muchos cuyos nombres no recordamos.

EL NAUFRAGIO

DEL TORPEDERO "COBRA,"

Desde la pérdida del «Victoria», echado á pique hace algunos años en el Mediterráneo por el «Camperdown», no habia registrado la Armada inglesa una catástrofe tan espantosa como la ocurrida el día 17 en Dungeon Baná, á pocas millas de Jar-mouth, y de la cual ha dado ya noticia cincuenta el telégrafo.

En los periódicos ingleses en estos días los siguientes pormenores del terrible suceso:

«El torpedero «Cobra» habia zarpado del Jydne á las cinco de la mañana del día 16, obediendo órdenes del Almirantazgo, según las cuales debía dirigirse á Portsmouth, para sustituir en dicha estación naval al torpedero «Viper», naufragado en el Canal de la Mancha durante las maniobras últimamente celebradas.

El «Cobra» se vió obligado á luchar, desde poco después de su salida, con un oleaje bastante fuerte, que fué aumentando por momentos hasta dificultar en absoluto el gobierno de la nave. A las siete de la mañana el cabeceo del buque era verdaderamente horrible; el capitán Smith, que mandaba el torpedero, anunció á la tripulación la inminencia de una catástrofe.

Apenas acababa de exponer el capitán Smith su triste vaticinio, experimentó el «Cobra» un choque violentísimo, siendo invadido el buque acto continuo por las enfurecidas olas.

El torpedero habia encallado en el arrecife Dungeon, uno de los más peligrosos del Mar del Norte y de los que cuentan mayor número de naufragios en su lúgubre historia.

Cinco minutos después de la voladura, la incontrastable fuerza de las olas destruyó el pequeño casco del «Cobra», abriéndolo en dos mitades.

En medio de la mayor angustia procedió la tripulación á arriar los cinco botes salvavidas existentes á bordo: sólo se consiguió echar 2 al agua, embarcando en ellos 36 individuos, entre oficiales y marineros. La mayoría de los tripulantes, poseídos del pánico, se arrojaron al mar; otros, paralizados por el terror, permanecieron en el interior del buque, hasta pudirse con los últimos restos de «Cobra» en las profundidades del mar.

Los botes salvavidas fueron avistados al día siguiente por el vapor «Harrington», consiguiéndose salvar á sus tripulantes. El resto de la dotación del «Cobra», compuesta de 80 individuos, pereció en el naufragio.

El «Cobra» y el «Viper» eran los dos únicos torpederos de la Armada inglesa que poseían máquinas de turbina sistema Parsons.

Uno de los supervivientes de la catástrofe, el teniente Gomez, narra el siguiente acto heroico de uno de los tripulantes del buque naufrago:

TRES MUJERES

179

le á V. todo; lo que hoy no he hecho, sino permitirse lo adivinar.—A. de Gustine.»

Esta carta nos ha parecido un retrato acabado del salón y de la conversación de aquella mujer de sublime lenguaje, que hacia exclamar á Mad. de Tessé:

—Si yo fuera reina, ordenaría á Mad. de Stael que no dejara un momento de hablarme.

FIN

178 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

horas todavía con la duéña de la casa y L. Schlegel cuya cólera contra el abate retórico no se calmaba.

»Durante esas dos horas, la conversación de Madame de Stael me ha encantado, probándome cuánto razón tenía yo para querer á una persona que vive al mismo tiempo tan cerca y tan lejos del mundo.

»Con el entusiasmo de su talento nos decía esta noche:

—«¡Qué felicidad si pudiera ser reina durante veinticuatro horas! ¡Qué magníficas cosas... diría!»

»Frasas de este género son las que han hecho decir á mi tío el conde de Sabran:

—«Querria que el mundo fuese un salón y ser ella la araña que lo ajumbrase.»

»Es posible que esta piante jocosidad sea exacta en ciertos momentos de su vida, pero la misma persona ha dicho:

—«Comprender todo, sería perdonarlo todo.»

»Este solo pensamiento, expresado y puesto en práctica, valdría la pena de nacer y de sufrir.

»Me sería preciso pasar aún muchas noches en blanco para contar á V. con detalles la conversación de ésta; en una conversación de dos horas con Madame de Stael hay asunto para más de un libro. Prefiero irme á acostar; á fin de poder ir mañana, á contar-

damas pusieronse á conversar en voz baja en un ángulo del salón hasta la llegada del duque de Wellington.

»¡Por fin entra!... Lo noble de su figura, lo sencillo de sus modales producen en nosotros el más agradable efecto. Su orgullo (tiene por qué tenerlo) participa de la gracia de la timidez. Mad. de Stael, dominada también por esa actitud y ese lenguaje tan poco franceses, exclama:

—«¡Lleva la gloria como si no fuese nada!»

»Luego, por un arranque de patriotismo, se inclinó á mi oído y añade:

—«Sin embargo, hay que convenir en que jamás ha hecho la naturaleza un grande hombre á menos costa.

»Me parece que el hombre está pintado de cuerpo entero en estas dos frases.

»Por este comienzo, pensará V. que habremos tenido mucho placer durante el resto de la velada. Juzgue V. de ello. Apenas habia llegado el duque de Wellington al fondo del salón, cuando se apodera de él el abate de Pradt y le obliga á escucharle, lo menos durante tres cuartos de hora, expresar sus ideas (las ideas del abate de Pradt) acerca de la táctica militar. ¡Figúrese V. la cólera de Mad. de Stael y el aburrimiento de todo el mundo! Schlegel decía que le